



EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 1 DE MARZO DE 1931

NUM. 9



FLORICULTURA

FLORICULTURA

Habéis de saber que este niño ha pasado todo el verano anterior en una casa de campo que ha comprado su padre que acaba de heredar de un tío en Indias una respetable suma, y con este motivo está adquiriendo fincas rústicas y urbanas en Madrid y sus cercanías.

Pues señor, Miguelito, que así se llama, a quien, dicho sea de paso, ha probado muy bien la estancia en el campo, ha tomado una afición loca a las flores, y en general a todo lo que se relaciona con las labores propias para obtener diversos productos de la tierra.

Su señora madre, acostumbrada a la vida cortesana, a no ver jardines ni campos más que en las decoraciones de los teatros, no veía con muy buenos ojos la afición que se despertaba en el niño; pero luego que notaba el vigor que ha adquirido la preciosa criatura, lo sana que ha vuelto de la expedición, y la ternura infinita con que mira las flores y los pajarillos, se ha convencido de que precisamente esa afición a las flores y a los infinitos hermosos productos de la Naturaleza, en vez de combatirla, conviene estimularla y aplaudirla. El niño no sólo está mejor de salud, sino que parece ya de mejor condición que nunca.

Antes era travieso, arisco, egoísta, y ahora es reflexivo, amable, tierno, complaciente y expansivo.

LA HORMIGA ALICIA

Vivía en las cercanías de un bonito pueblo una niña llamada Alicia.

Era muy juguetona y traviesa, lo cual no tiene nada de particular, pero tenía un grave defecto.

Gozaba lo indecible en martirizar a los animales.

Al gato de su casa le ataba al rabo con una cuerda, le colgaba de un clavo en la pared y muy tranquila se iba corriendo al jardín sin hacer caso de los ayes lastimeros del gato.

Allí ponía cepos y cuando caía algún pájaro, se lo daba al perro para que se lo comiese.

Sus padres la regañaban y la castigaban mucho, pero no hacía caso.

Lo que más la divertía era maltratar a las hormigas.

Se colocaba junto a un frondoso árbol, a cuyo pie había un hormiguero, cogía una hormiga y le quitaba dos patas, a otra le ponía encima un montoncito de arena, a otra la pinchaba con un alfiler.

Un día, cansadas las hormigas de sufrir, se reunieron y decidieron hacer un escarmiento a la niña que de tal manera se portaba con ellas.

Pidieron socorro a un hada, ésta tocó a Alicia con su varita mágica y al punto la convirtió en hormiga.

Las hormigas la llevaron a su casa y le enseñaron todas las habitaciones; en la más hermosa estaba la reina, en otra las pequeñas princesitas vestidas de blanco y a los lados las ayas encargadas de darles la comida a su hora y de sacarlas al sol cuando hacía buen tiempo; en otras, por último, estaban las obreras colocando los alimentos que sus compañeras, también obreras, traían de fuera.

La reina le impuso el castigo de traba-

jar con estas últimas. Al principio no sabía cómo hablar a sus compañeras, ella veía que las demás ponían sus propias antenas en la cabeza de la otra y se entendían perfectamente.

Una vez se dirigió a una que traía un palito para preguntarle dónde lo había encontrado, la tocó tan fuerte que la otra se enfadó y la dió un picotazo.

En otra ocasión cayó bajo las garras de un ave que la llevó por los aires un poco de tiempo y después la dejó caer al suelo medio atolondrada.

Apenas había vuelto en sí, cuando la encontró un escarabajo y la hizo rabiarse mucho.

Otra vez el jardinero pasó con un cubo lleno de agua, dió un tropezón y el agua vino precisamente a caer sobre la hormiga, la cual sufrió un buen baño, y como si esto fuera poco la dió sin querer un pisotón.

Varios días estuvo enferma sufriendo bastante con sus heridas.

Al salir por primera vez a tomar el sol se la acercó el perro y con sus ladridos la dió un susto tremendo.

Otro día el hijo del jardinero se entretuvo en ponerle pajitas por donde iba a pasar y cuando las pasaba se las ponía delante nuevamente.

Al volver un día con dos granitos, vino un pajarito y se los comió. Era lo que se dice el rigor de las desdichas.

Así pasaron algunos meses de trabajos y fatigas, durante los cuales aprendió a respetar a los animales, pues son buenos y laboriosos.

Por fin un día compadecida el hada, tocó de nuevo con su varita a la hormiga

y ésta volvió a ser Alicia, pero Alicia que cuidaba de las hormigas, no cogía pájaros para el perro y acariciaba a los gatos.

MARIA TERESA LÓPEZ.



HACERSE HOMBRE

(Continuación)

Entonces Diego vió que el labrador era el forastero que había estado comiendo en su cocina.

—Ya veo que me reconoces—continuó el aldeano—pero, ves, en esta casa no se pasa uno la vida tumbado junto a la lumbre, aquí se trabaja y duro, desde la mañana hasta la noche, así que creo que esto no te convendrá.

Pero Diego le rogó que probase si servía, ya que se había puesto en camino con el propósito de aprender a ser hombre.

—Bueno—dijo el hombre—ya que estás aquí haremos la prueba. Pero amiguito, aquí hay que trabajar, y bien, y si por descuido tuyo se estropea alguna cosa, tú me respondes de ello, y cuidadito de decir mentiras para salir de un apuro. De lo que hagas tú mismo responderás, ¿te enteras?

Muy duro le pareció a Diego este modo de hablar, pero prometió hacer cuanto pudiera y así quedó admitido de criado.

Al día siguiente el labrador hubo de marchar al bosque.

—Limpiame el corral entre tanto—le ordenó a Diego—y pobre de tí si cuando yo vuelva no está tan limpio como el suelo de un salón.

Cuando se hubo ido, Diego fué al co

rral como se lo había dicho. Vaya basura que se había amontonado allí con el tiempo. Se necesitaban agallas para limpiar aquello.

Pero cuando Diego vió las herramientas que debía manejar para la limpieza se le cayó el alma a los pies.

La escoba era grande como un abeto, la pala como una puerta y la carretilla como una casa.

Imposible para Diego manejar esas herramientas gigantes. Se quedó pensativo, rascándose detrás de las orejas, sin saber que hacer.

—¡Holal!—oyó en ese momento desde la puerta, mientras una zorrita roja asomó por ella su puntiagudo hocico.

—Hombre, si quieres, yo te ayudaré a quitar de enmedio toda esta basura, pero en cambio déjame que me acerque a las gallinas que hay allí detrás para olerlas.

—Sí, olerlas—repuso Diego—¡quién sabe lo que irás a hacer!

—Pues lo que te digo—aseguró la zorra—ya lo verás, iré tan callandito, tan callandito que ni ellas mismas se darán cuenta y luego en cambio te limpio el corral.

Diego se dejó convencer, se puso a un lado para que pasara la zorra y ella de un salto se plantó donde estaban las gallinas, cogió a una, se escurrió con ella como pudo, volcando y vertiendo cuanto halló por medio.

Más sucio quedó el corral y con una gallina de menos. De ese modo ayudó la zorra a limpiarlo. Entonces Diego se sentó sobre la carretilla y rompió a llorar desconsolado.

Al poco rato llegó un gorrión.

—Pío, pío, ¿qué te pasa?—preguntó.

—Tengo que limpiar este corral y no puedo—contestó Diego llorando.

—Pío, pío, Dios ayuda—gorjeó el pajarito.

Pero Diego seguía llorando a más y mejor.

—Pío, pío, vaya un hombre—siguió cantando el gorrión—vaya hombre, vaya hombre.—y se marchó volando.

Pero a Diego le daba rabia que un bichejo tan diminuto se burlara de él con tanta frescura.

—Intentaré de todos modos—dijo.

Cogió pues la escoba y comenzó a barrer. Iba muy despacio con lo pesada que era. Pero por último consiguió formar un montoncito de basura. Cogió la pala para echarlo en la carretilla y apenas llegaba hasta el borde, pero si logró llenar la carretilla hasta arriba.

Ahora tenía que sacarla fuera. Pero solo a duras penas consiguió moverla un poco. Sin embargo volvió a probar. Tenía que poder con ella.

«Narque, narque», sonaba la rueda. Prueba, prueba, prueba.

Y por fin consiguió pasarla del umbral de la puerta.

Ya estaba allí el gorrión de vuelta.

—Bien, bien, bien, pío pío pío—se puso a piar.

—¿Ves como sí puedo?—exclamó Diego,—aunque vaya despacio.

Y volviendo a entrar con la carretilla se puso a barrer otra vez. Parecía que la carretilla pesaba menos y el montón de basura seguramente había disminuido. La misma pala se prestaba mejor al manejo y la carretilla se movía mejor.—Continuará